

Entre la escolarización y el sentido de educar en Psicopedagogía: una reflexión.

Rodrigo Espinoza Vásquez
Psicopedagogo

Correo electrónico: respinoza.psicopedagogia@gmail.com
Enero de 2014, La Serena. Chile.

Un contexto dialógico

En una conversación con una de las autoras¹ del decreto 170², donde le hice saber mi parecer sobre la incongruencia que existía para la descripción del trabajo psicopedagógico. Esto es, diagnosticar, pero no intervenir. La aludida dejó en manifiesto dos cosas. Una, que debido a la presión gremial del Colegio de Educadores Diferenciales la incorporación de los Psicopedagogos quedaba relegada a un plano auxiliar y la segunda, a mi juicio la más importante, tenía que ver con que los Psicopedagogos no estamos preparados para trabajar en colegios, pues las mallas

curriculares no están diseñadas ni intencionadas para ello. Le respondí que eso no era factible, que la Psicopedagogía en Chile está diseñada en su mayoría para la escuela, sin embargo en ese momento no contaba con las ideas suficientes, que a partir de las conversaciones y lecturas con el Profesor Carlos Calvo³ he podido ir armando.

El sentido de la escolarización y la educación

La Psicopedagogía en Chile es tributaria de los modelos españoles, los que en su gran medida atienden a niños escolarizados. En nuestro país, la intención formadora de nuevos profesionales difícilmente se ha acercado

¹ Conversación con Paulina Godoy en el marco de la acreditación de la carrera de Psicopedagogía del Instituto Profesional de Chile. Año 2012, La Serena.

² Decreto que norma en Chile, entre otros, las funciones de los profesionales que atienden a niños con dificultades en su aprendizaje.

³ Recomiendo revisar el libro "Del mapa escolar al territorio educativo" del Profesor Carlos Calvo M.

a otras dimensiones. La escolarización y la Psicopedagogía están tan enraizadas, que son parte de una misma estructura, volviéndose una especie de ortopedia escolar, que asume como propios los fracasos que los estudiantes van teniendo en su avance escolar.

Es aquí donde debe generarse un debate que abra las puertas de una refundación de la disciplina. ¿Es acaso la Psicopedagogía una suma de acciones tendientes a escolarizar o a vivir la educación de una manera diferente?, ¿en qué momentos optamos por reescolarizar o por educar?

La profesión sigue viviendo aún bajo paradigmas positivistas, aunque se intente un cambio a nivel de formación y se hable de constructivismo, comunicando hasta el cansancio los descubrimientos de Piaget y Vigotsky, de Condemarán y Feuerstein, entre muchos otros. Ya que el constructivismo se vive, se disfruta y no solo se cuenta. Para hacerlo vivencial, es urgente que quienes formamos Psicopedagogos hagamos vivir la experiencia del aprendizaje, de lo contrario caemos nuevamente en esa idea de que la teoría se aleja de la

práctica, cuando lo cierto es que a partir de ésta, se construye la teoría. Tal como el cartógrafo que dibuja un mapa como aproximación de la realidad, pero que no es más que una idea. Es así como el psicopedagogo –formado bajo un enfoque positivista camuflado y mal maquillado- puede generar sus aprendizajes. Deben saber cómo la gente aprende, deben aprender a equivocarse, convivir con el error y reorientarlo en la medida que su propensión a enseñar y aprender les diga sobre qué senderos caminar.

El tránsito que ha seguido la Psicopedagogía ha sido caótico. Se ha presentado en muchas ocasiones como la respuesta absoluta a muchas dificultades de aprendizaje que se han podido documentar y clasificar. Ha habitado en paradigmas empírico-positivistas que transmutan las posibilidades de que un estudiante se pueda beneficiar de esta disciplina: que se vean asépticamente. Pulcras y quirúrgicas en el momento de la intervención psicopedagógica.

La afirmación de que la Psicopedagogía ha sido caótica se basa en que ha sorteado caminos complejos, pero que a

la vez han simplificado sus procedimientos. Toma ideas de muchas ciencias, las analiza, las compara y las utiliza según sus necesidades. *Define muchas veces su carácter de ciencia y centra su objeto de estudio en el aprendizaje en todas sus dimensiones.* Vacila entre un terreno y otro, pues asume la incertidumbre como propia, donde todo y nada es posible, donde las ideas se enfocan en la historicidad del estudiante atendido – o acompañado⁴ mejor dicho- y se nutren de las evidencias que se conectan con sus destrezas y habilidades.

La Psicopedagogía debe nutrirse de la incertidumbre, debe ser su *leit motiv*, ya que al existir una persona en situación de desmedro respecto de otro, que en la escuela lo pasa mal, que es vulnerado por la escolarización; tiene la posibilidad enorme de que esa incertidumbre le dé las herramientas que la pretensión de

dominar todos los aspectos intervinientes en el aprender sean utilizados, cuando la realidad dice que cada vez que se aprende, se ignora. Volviendo este proceder, recursivo.

Asumir que el educando y el Psicopedagogo conviven en el saber siempre limitado de una realidad subjetiva y de la ignorancia genérica del aprender, permite reconocer en el otro un ser que es capaz de enseñar. Implica además, un ejercicio de confianza, que va más allá de los aprendizajes escolares y se centra en la persona como constructor de múltiples realidades.

Mirando la especialidad en el terreno escolar, tanto la formación profesional como el desempeño de éstos en los colegios, hablan de una Psicopedagogía funcional, que se ha transformado en un parche de los fracasos que la escuela ha demostrado generar a lo largo de su historia, confundiendo los espacios de acción efectivos y trabajando bajo la modalidad de los refuerzos pedagógicos, enfatizando en los contenidos no logrados por los estudiantes. Esto hace que un estudiante que no logra hacer el ejercicio de responder como el profesor

⁴ Prefiero utilizar el término “Acompañamiento Psicopedagógico”, ya que el acompañar implica la relación emocional con el otro, a diferencia de lo tradicionalmente usado: “La Intervención Psicopedagógica” donde esta idea contiene a la palabra intervención, que implica rehabilitar un proceso que está mal ejecutado, por lo que se torna invasivo para el estudiante.

espera que responda, requiera de más horas de trabajo -poco efectivos muchas veces- donde un Psicopedagogo(a) asiste a *los más descendidos en sus aprendizajes* y repite las formulas que el profesor puso en práctica. Centrándose en el contenido y redundando nuevamente en la “materia” que al niño no le “entra”. Volverse subsidiario de esta práctica es poco productivo, se vuelve a remarcar el error en que el niño se encuentra, se asume – consciente o inconscientemente- una actitud de asimetría pedagógica, donde el que sabe es el adulto y el niño es el ignorante absoluto, cuando los hechos indican que todos lo somos. Invitamos a la ignorancia a ser parte de nuestras conversaciones, de nuestras acciones, invitamos también a la incertidumbre como la mensajera de los aprendizajes que maravillan y encantan, puesto que no hay forma más perenne de aprender que el sorprenderse ante lo nuevo, ante lo diverso; de vivir el quiebre cognitivo y desequilibrarse, donde las certezas se confunden con lo novedoso y posible. Aprender no es más que un acto de entrega mutua, una suma de relaciones

que se consensuan y se retroalimentan con el otro, que se vuelve sinérgico, desequilibrante y maravillosamente caótico. Aprender no es repetir, aprender es ir más allá de lo obvio y preguntarse por qué el fuego quema o el viento suena en nuestros oídos, preguntarse por qué nos maravillamos con lo simple que a la vez es complejo. Aprender es un viaje de infinitas estaciones, en un tren que a cada paso, nos sorprende.

Opto por una Psicopedagogía que base su *ethos* en las potencialidades de los aprendices. Descubrir lo que a una persona le es ignorado es aun más complejo que la generación de un diagnóstico basado en la “certeza” de la estadística⁵. Es necesario triangular la información, pero sobretodo, poder conversar con el otro y poder hacer una aproximación a sus necesidades.

El contenido funciona como germen, como la excusa necesaria para adentrarse en los espacios deseosos de conocimientos, pues el ser humano tiene una propensión innata a aprender. El uso del contenido está en el cómo maravillar

⁵ Para ahondar en este tema, recomiendo el libro “**El Cisne Negro**” de Nassim Taleb

a un niño con ideas novedosas, en cómo hacer que lo cotidiano que es simple, se vuelva complejo. Es por lo tanto, una forma de utilizar una realidad y ponerla en distintas posiciones, logrando que el educando tome esa realidad según sus impresiones y la resignifique. Y no se trata de que el psicopedagogo sepa de memoria miles de técnicas y estrategias, que dicho sea de paso, cualquiera puede *googlear*, sino que en cómo utiliza estas herramientas simbólicas. Para ello, es él quien debe también maravillarse y analizar su propio aprender, no quedando en el terreno de lo repetitivo, sino que abriendo los senderos a través de la imaginación, dejando de lado por un momento, el exceso de imágenes⁶.

Aquí es necesario explicar que la Psicopedagogía debe orientar sus acciones hacia las destrezas, habilidades y capacidades del aprender, y eso implica posibilidades infinitas para aprehender infinitas relaciones, posibles todas ellas

⁶ Sobre este tema en particular, recuerdo que leyendo a una psicomotricista argentina se refería a la cuentería como un trabajo terapéutico, donde al niño se le hace vivir en la imaginación y no en la imagen, ya que mentalmente recrea las acciones que los personajes van viviendo en los relatos creados por el adulto.

de ser tomadas. No basta el contenido, ni tampoco el diagnóstico, sino se tiene en el horizonte la claridad de acompañar psicopedagógicamente a quien aprende, **mediando sobre sus posibilidades**. Es por lo tanto, trabajo del psicopedagogo ayudar en la propensión a aprender a otros, dar las señales de cómo se hacen los quiebres, en qué momento se acompaña y en qué momento se da autonomía; en qué momento nos hacemos a un lado y dejamos que la persona fluya por sí misma. Esa es la esencia de esta profesión.

La tentación de la certidumbre

Muchas veces me han preguntado cuánto tarda el proceso de acompañamiento psicopedagógico – conocido tradicionalmente como intervención- y la verdad es que siempre he dado la misma respuesta: No existe claridad al respecto, pues los procesos son específicos de cada persona con la que uno trabaja. De esta forma y entendiendo que el ser humano es inacabable en su aprender a lo largo de la vida, diría que esto *nunca termina*, pero

esto se vuelve paradójico, considerando que difícilmente uno podrá estar en todo momento con alguien. Por lo que desde el punto de vista práctico, no es posible. Pero sí lo es el poder fijar un horizonte que va desde lo posible a lo probable y desde ahí, a lo realizable⁷, por lo que al avanzar por estos tres estadios se genera la idea de poder armar un trabajo de acompañamiento-mediación psicopedagógica donde se logre hacer una salto cualitativo desde los niveles evidenciados, hasta aquellos que se direccionan como probables de realizar con otro ser humano.

Luego surge otra pregunta, ¿y en qué momento se le da el *alta* al niño? Frente a esta pregunta siempre he reflexionado mucho. En primer lugar es factible definir un momento y creo que ese momento tiene que ver con la autonomía y madurez que va alcanzando la persona. Mientras mayores acciones de autonomía se van generando, la persona necesita menos del mediador; y en forma inversa, a menor autonomía, mayor será la necesidad que tiene el educando de ser acompañado. Esta acción va de la

mano, con dejar que cada persona fluya en sí misma. Que sea capaz de conocer sus espacios válidos de mediación y de disminuir su deprivación sociocultural, no por la cuna en que nació, **sino que por la eficiencia que los mediadores conocidos en su tránsito escolar han impreso en el estudiante.**

La segunda parte de esta pregunta se relaciona con “dar el alta” y aquí, aparece la enfermedad en forma implícita; el trastorno como nomenclatura psiquiátrica. Sin embargo, el dar el alta, parte desde una concepción patologizante, que luego de un *tratamiento* adecuado, deja en mejores condiciones al *enfermo*, que cuando éste se inició. En la actualidad, las escuelas han patologizado el aprendizaje, lo han hecho merecedor de una serie de clasificaciones que se alejan de lo realmente importante: la educación como acto de humanidad. Aún cuando el paradigma médico de la psicopedagogía y sus derivados, datan de inicios del S. XX, se presentan a cada instante.

Reconozco la historia de la génesis de nuestra profesión, pero eso no implica una entrega y validación absoluta a ella,

⁷ Idea original del Profesor Carlos Calvo M.

como si fuese un dogma que hay que seguir al pie de la letra.

La patologización del aprendizaje en personas que no presentan algún tipo de déficit orgánico no es suficiente para dar respuestas a las dificultades que un educando tiene en su escolarización. Si así fuese, tendríamos que preguntarnos si ¿habrán profesores con necesidades educativas especiales orientadas bajo la concepción del propender a enseñar/aprender? El que un profesor conviva en un ambiente con más de cuarenta realidades diferentes, es una complejidad en sí misma, ya que no llegará su mensaje de la misma manera a todos quienes están atentos a sus discursos. Encierra por lo tanto un misterio en el cómo accede cada uno de ellos a lo que el profesor dice y cómo lo hacen propio y vivencial, no solo como recurso auditivo-visual, sino que significativo.

Patologizar el aprendizaje escolar, desde una perspectiva médica es un buen negocio, de hecho se ha convertido en algo tan válido, que cada vez aparecen más y más niños con una etiqueta

nueva⁸. Así, el asociar la falta de interés, el desgano, la insatisfacción de las respuestas que el estudiante se ha hecho y que el profesor no ha podido responder, producen como resultado al estudiante que no rinde dentro de la lógica escolar.

Dar el alta es cosificar, delegar responsabilidades y simplificar un proceso que es complejo en sí mismo: el educar(se), pero que en la escuela se vive como escolarización (con todas las connotaciones que esto implica) y que no deja de ser una situación que juega con la semántica, asociándose comúnmente a situaciones sinónimas. Cuando la verdad es que ambas, distan mucho de parecerse. Son disímiles, pertenecen a dos ámbitos diferentes. La escolarización vive de situaciones repetidas y conocidas; la educación, de la incertidumbre en el descubrimiento de nuevas ideas y aprendizajes.

Un estudiante que ha sido mediado no puede ser dado de alta, pues esto no existe. El educando no es un enfermo

⁸ Ver DSM V donde pocos serán elegidos de no ser clasificados como pacientes psiquiátricos

que entra al quirófano para ser “tratado” por su enfermedad que es el de no aprender los contenidos escolares, sino que es un ser que se nutre de las experiencias que la educación le entrega. Educar y escolarizar son concepciones altamente diferenciables. Por ende, el psicopedagogo debe orientarse hacia la educación, no caer en la simplificación de experiencias clasificatorias superfluas y cargadas de un sentido tramposo, que alimenta la facilidad del acompañamiento, sino que debe propiciar la reflexión para que ese educando que solicita de sus orientaciones, viva la experiencia real de ser, estar y ocurrir en la educación.